

EL PRINCIPIO DE IRREALIDAD. ACERCA DEL AMOR, EL SEXO Y EL PSICOANÁLISIS

Augusto Escribens

Hablar del amor desde una perspectiva psicoanalítica no es una tarea sencilla porque el amor - sin duda al lado del odio- es el núcleo de aquello de lo que trata el psicoanálisis. No en vano Freud, que empezó como rastreador y cronista de las huellas fantasmagóricas de los devaneos y los horrores de alcoba, terminó planteando el análisis de las vicisitudes del amor de transferencia como el centro del tratamiento analítico.

Pero para Freud fue mucho más fácil hablar del amor de transferencia que del amor en sí, no porque le interesara el amor menos que la técnica, ya que es evidente que pensó en éste último mucho más de lo que llegó a publicar y, según nos lo hace ver Bergmann¹, se planteó desde un principio el estudio comprensivo de la vida amorosa de los seres humanos, pero sólo publicó fragmentos de sus disquisiciones. Mucho más de lo que muestran sus artículos puede reconstruirse a partir de su correspondencia con Jung y otras fuentes, y lo que aparece como una creación continua en su trabajo publicado, se muestra en la correspondencia y las actas de la Sociedad vienesa como algo obtenido sólo a través de una lucha interna. Además, Freud nunca integró sus descubrimientos acerca del amor en una teoría coherente. A decir de Bergmann: "No hay un equivalente al capítulo VII de La Interpretación de los Sueños para el tema del amor"²

Pero bastante dice, a pesar de todo: "...el encuentro con un objeto es, en realidad, un reencuentro", afirma en los *Tres Ensayos para una Teoría Sexual*³. Este descubrimiento -para Bergmann la contribución más profunda de Freud a

1 Bergmann, M. S. (1988). Freud's Three Theories of Love in the Light of Later Developments. J. Amer. Psychoanal. Assn., 36:653-672.

2 Bergmann, M. S. (1980). On the Intrapsychic Function of Falling in Love. Psychoanal Q., p.p. 57-58.

3 FREUD 1905 Three Essays on the Theory of Sexuality Standard Edition VII p. 200.

nuestra comprensión del amor- explicaría la intensidad de la nostalgia del amante por la persona amada y la importancia que le atribuye. En la misma obra formula una teoría del amor basada en la naturaleza de la vida sexual que se desarrolla en fases. La madre es el primer objeto pulsional del infante y luego, en la latencia, la pulsión se divide en un componente sexual que se reprime y un componente tierno que permanece consciente. Más adelante, en la pubertad, si todo va bien, un nuevo objeto reemplazará al antiguo y las dos corrientes se reunificarán. Lo que permanece de la relación sexual con el primer objeto contribuye a la preparación para la elección de un segundo objeto "...y, por lo tanto, a restablecer la felicidad que se ha perdido"⁴ Para Bergmann, Freud estuvo a punto, en una carta a Jung, de descubrir una contradicción básica en el centro de todo amor humano: en cualquier relación amorosa, el nuevo objeto debe reflejar al originario, pero para que esta rememoración de lugar a un amor feliz, no debe revivir la culpa incestuosa. Luego plantea que es la proyección que el amante hace de su propio ideal del yo en el ser amado lo que constituye la sustancia de su idealización. Posteriormente tratará al amor como una emoción más que como la sublimación de una pulsión: el amor resultará, así, siendo más que pulsional, ya que es el yo en su totalidad el que se involucra al amar a sus objetos. Sin embargo, nunca dejó de fluctuar entre estos dos puntos de vista, escribiendo "...a veces sobre el amor como una pulsión sublimada y a veces como una pasión del yo"⁵. Arguye, también, Bergmann, que al sujetarse Freud a la primera tópica, su teorización sirvió para explicar la fase inicial del amor pasional más que para abarcar al amor continuado en el tiempo.

Quizá fue la contingencia del objeto de su teoría sexual la que resultó insuficiente para llegar a una comprensión más cabal del amor. O tal vez lo fue la primacía de la teoría sexual misma, que lo lleva a proponer –en una conclusión que Bergmann señala agudamente que no se deriva de sus premisas- que toda la complejidad del intrincado desarrollo psicosexual humano está orientada al cumplimiento de la función reproductiva.

Quizá algo más le sucedió a Freud. Su autoanálisis lo había llevado a escribir a Fliess "¡Ya no creo en mi neurótica!". Tal vez si hubiera podido organizar todas sus reflexiones al punto de escribir un libro con el reclamado capítulo VII sobre el amor, habría tenido que renunciar a su segunda neurótica, en un giro quizá excesivo, incluso para él.

Actualmente tenemos puntos de vista psicoanalíticos sobre el amor lo suficientemente disímiles como para hacer el debate del tema bastante interesante, pero no podemos soslayar el silencio que primó alrededor de él por largo tiempo. Comentando *Anatomy of Love* de Martin Bergmann, Ethel Person

4 Ibid.

5 Person, E. S. (1992). *The Anatomy of Loving: The Story of Man's Quest to Know what Love is*: By Martin S. Bergmann. New York: Columbia Univ. Press, p. 846.

afirma que “...hay que darle el crédito de haber reconocido al amor como agente motivador durante el largo invierno psicoanalítico en que los teóricos hablaban más de disposiciones libidinales que de la vida afectiva emocional o de la vida subjetiva en general” (mis cursivas)⁶. En este caso, también se dio la inveterada costumbre psicoanalítica de poner la teoría por delante de la observación y del intento de comprensión de los fenómenos.

Mientras que Bergmann nos ofrece una visión alternativa a la de Freud en la que, además de incorporar la segunda tópica, incluye consideraciones sobre la fase simbiótica de Mahler para agregar detalles importantes al reencuentro con el objeto primario⁷, Kernberg, plantea que el desarrollo de las pulsiones libidinales y agresivas depende de las vicisitudes de los objetos, implicando que las relaciones de objeto internalizadas se constituyen en organizadores mayores del desarrollo pulsional⁸. Y desde la tradición francesa, Piera Aulagnier⁹ y Julia Kristeva¹⁰ tienen importantes aportes sobre el amor que se ubican en un discurso riguroso a la vez que evocativo, pero no necesariamente coincidente en algunos aspectos críticos. Y de nuevo dentro del pensamiento anglosajón, Ethel Person¹¹ ocupa, en mi opinión, un lugar muy relevante en el debate y el esclarecimiento del amor.

Un aspecto del amor que ha suscitado controversia es el que se presente en dos formas tan aparentemente diferentes que llegan a sugerir dos fenómenos diferentes. El amor pasional, característico del momento de intensa atracción que suele darse al inicio de las relaciones amorosas, contrasta en tal medida con la apacible sucesión de acciones y actitudes que caracteriza la vida de los amantes que permanecen unidos a lo largo del tiempo, que plantear que ambos forman parte del mismo fenómeno hasta parece paradójico. Ahora bien, el amor es, sobre todo, paradójico. Quizá sería sensato, apelando a lo que Winnicott dijo alguna vez acerca de la paradoja, dejarlo ahí, como aquello que no tiene sentido intentar resolver. Sin embargo, ello implicaría renunciar a la exploración de uno de los aspectos más sustanciales del amor.

El amor pasional, lo que suele denominarse el *enamoramiento*, y el casi inconfesable *amor a primera vista*, suscitan la desconfianza de muchos, y son vistos como lo que podríamos llamar, parafraseando el título de uno de los más populares escritos tácticos de Lenin, *la enfermedad infantil del amor*.

6 Ibid., p. 845.

7 Bergman, M. S. (1992). *The Anatomy of Loving: The Story of Man's Quest to Know what Love is*. New York: Columbia Univ. Press,

8 Kernberg, O. F. (1974). *Mature Love: Prerequisites and Characteristics*. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 22: 743-768

9 Auglanier, P. (1994) *Los Destinos del Placer*, Buenos Aires, Pidos

10 Kristeva, J. (1987). *Historias de Amor*. Mexico. Siglo XXI

11 Person, E. (1988) *Dreams of Love and Fateful Encounters*. New York: Norton.

Desordenado, taquicárdico, atolondrado y perentorio, el enamoramiento puede suscitar en las buenas conciencias, a lo más, la mirada comprensiva de los adultos sensatos frente a los desórdenes hormonales de los adolescentes. Suele ser entendido como la perturbación de la capacidad de pensar al ser sobrepasada por la urgencia que desborda los genitales. De los autores citados, mientras que Bergmann¹² considera uno de los problemas fundamentales del amor el frágil tránsito que podrá permitir que una pasión devenga en amor duradero y productivo y que Piera Aulagnier¹³ lo considere prácticamente un antagonista del amor, Kernberg¹⁴ nos dirá que es ingenuo identificar a la pasión como ese conjunto visible de aparentes perturbaciones, y que es precisamente esa misma pasión la que muchas veces sobrevive inadvertidamente por debajo de la aparente calma e inocencia de los amores blancos siendo, precisamente, lo que los mantiene encendidos a lo largo del tiempo. Kristeva¹⁵ y Person¹⁶ son, sin duda, defensoras encarnizadas del amor intenso, de la pasión.

No es de extrañar que muchos psicoanalistas desconfíen del enamoramiento, de la pasión, del amor a primera vista. El psicoanálisis no nació con el destino de ser la teoría que sustentara un ejercicio de curación de males. Desde el inicio, al considerar al sueño, y otras manifestaciones normales de lo inconsciente, como formas de una psicopatología de la vida cotidiana, Freud, por implicación, postuló a la neurosis como una suerte de *otra normalidad*. Podemos imaginarnos, entonces, qué hubiera ocurrido con el psicoanálisis si, en lugar de ser Freud un médico, hubiera sido un historiador o un crítico de arte. A pesar de ello, tenemos una clínica en el centro de nuestra disciplina y de nuestro sustento, y por ello los psicoanalistas nos vemos ubicados en el lugar de proveedores de salud mental. Y por más que la redefinamos de acuerdo al doble sentido del síntoma freudiano, no podremos escapar a las expectativas que la sociedad tenga sobre lo que hacemos con nuestros pacientes y la sobre la cura que proporcionamos. Nadie quiere “mandar a su loco” al psicoanalista para que se lo regrese más loco, y a veces eso es lo mejor que le puede suceder a una persona que ha vivido una vida de encierro en la normalidad más invalidante y corrosiva. Nadie quiere que su tímido y casi autista hijo adolescente empiece a gritar al padre y a tener problemas con el vecindario. Y todas las madres de pacientitos quieren más bien que sus hijitos las quieran por sobre todo, en lugar de que empiecen a meterles

12 Bergmann, M. S. (1988)

13 Para Aulagnier (1994, Cap. 4, p. 200) la pasión está más relacionada con el narcisismo, tal como lo entendió Freud, y vendría a ser un mal prescindible.

14 Kernberg, O. (1974).

15 Kristeva (1987) ilustra múltiples variaciones del amor, pero si de lugares de relieve se trata, la pasión aparece enunciada ya en la cuarta línea de su texto.

16 Person (1988) es una gran desmitificadora de los males del amor, incluido el mito de que sea malo sufrir de mal de amor.

ratones en la cama. Las demandas sobre el terapeuta psicoanalítico de que sea el ejecutor y representante de un orden establecido no deja de estar presente, y es en esta discusión que trata del amor, donde menos puede soslayársele.

Porque, como todos los grandes temas del psicoanálisis, el amor no sólo puede ser exactamente lo inverso a lo que se piensa, sino que está, como ya dijimos, poblado de paradojas.

Paradojas o tensiones en el conocimiento, la primera de ellas es la de quién es el ser amado en la situación amorosa, y cómo nos relacionamos con él. El aporte mayor de Freud a la teoría del amor es el reconocimiento de que el ser amado es un aparecido del pasado, que el amor es el artilugio de la fascinación por una sombra proyectada desde un ayer remoto, del que ni siquiera tenemos recuerdos más que fragmentarios. El ser que es capaz de producir cataclismos y de transmutar nuestras vidas no es más que un fantasma. Sus vínculos con la persona del presente son casi circunstanciales, tienen el carácter del señuelo, del fragmento insignificante al que se atribuye el peso de la sinécdoque más atrevida, dentro de un cierto estilo perverso. Es decir, todo objeto presente es un fetiche del objeto originario.

Muy lúcidamente lo dice una canción popular: “yo me enamoré del aire / del aire de esa mujer”. Ello ilustra la convicción que un fragmento puede inducir, y nos relaciona, a la vez, con uno de los elementos mágicos de la ensoñación amorosa: la capacidad de un pequeño gesto, un mínimo acto, de desenvolver una panoplia de transformaciones en la realidad, de encender luces y crear escenarios de ilusión a partir de unos cuantos pequeños elementos. Tres vasos, una moneda, un mazo de cartas, un juego de etéreos pañuelos de gasa, pueden ser los simples instrumentos del ilusionista, de los cuales emerge un mundo iluminado al punto de poder enceguecer. Una mirada sobre el escenario de una puesta de sol, puede encender el resplandor de la oscuridad pasional.

Pero la misma canción prosigue, revelándonos los límites del conjuro: “como mi amor fue del aire / en el aire me quedé”. Aquí se pone de manifiesto, a la vez, un riesgo mayor del amor, proveniente de su propia dinámica: el ataque del entorno normativo que tuerce la ligera y gozosa canción para convertirla en sosa fábula moral.

He ilustrado este revés metonímico desde el ángulo masculino, pero no quiero dejar que se deslice la suposición de que creo que sólo el hombre protagoniza este tipo de historia, o que responde a alguna lógica entendida como masculina. En una de las anécdotas que me ha tocado conocer en mi experiencia psicoanalítica, una paciente, a la que llamaremos Sandra, se vinculó, con un amor intenso y pasional que se prolongó por años, a un hombre signado por muchas carencias. Sin padre, dinero ni profesión, trabajando en ocupaciones eventuales, Jorge conoció a Sandra, que era ejecutiva en una empresa. En uno de los encuentros iniciales, Juan la invitó a cenar a un restaurant que, si bien “no tenía mayor gracia”, trasumaba un grato aire de intimidad. Uno de los elementos

que convirtieron esa mesa en la del ilusionista que la transportó a una realidad segunda, fue la botella de vino que Jorge llevó a la cena, y que fue la resultante de la indagación que él había hecho previamente sobre los gustos, intereses y preferencias de esa mujer en los tiempos en que empezó a conocerla.

Sandra, por su parte, aunque no conocía los detalles del preparativo, se sintió tremendamente turbada, en el límite entre un ataque de pánico y una exaltación extática, cuando el evento le recordó las veces en que ella había presenciado los preparativos, dudas, cavilaciones, e investigaciones que prologaban cada invitación que su padre hacía a su madre para la celebración del aniversario de bodas. El champagne para el brindis era siempre el mismo, pero el vino tenía que adecuarse a la perfección al plato de fondo elegido para el agasajo. El pánico de Sandra debe haber correspondido a la repentina irrupción en la escena primaria. La exaltación extática, al hecho de que toda mujer, más allá de la posesión del hombre en el encuentro pasional, también se conecta amorosamente con la madre, que es su primer objeto. Un dato adicional, que nos pone en el peligro de trivializar la anécdota es que Jorge, desprovisto a lo largo de su vida de personajes que le sirvieran de figuras de identificación y lo guiaran para enfrentar las cosas de la vida, se había vuelto un lector de libros de autoayuda, manuales de instrucción, y también consultante de todos los servicios de orientación al cliente existentes. En este caso, había extraído los lineamientos de su preparación para el amor de varias consultas al *Playboy Advisor*, la columna de la revista de Hugh Hefner que se encarga de resolver preguntas de sus lectores acerca de temas tan variados como la anticoncepción, los estilos de vida y sus implementos y, por supuesto, las técnicas de seducción. Una botella de vino fue el fetiche, el significante privilegiado, pero fue menos frágil que el aire de la canción que mencionáramos antes. Fue menos frágil porque, en la sabiduría condensada y en la confluencia extrema de intuiciones y lecturas de signos, miradas y entrelíneas que hace al intenso tiempo inicial del amor un lugar privilegiado de conocimiento, Sandra podía saber que ese objeto de apariencia inocente condensaba toda una compleja historia. Posteriormente, cuando Jorge le reveló la historia de la preparación de la cena y el tema de la consulta a la revista, trivial como parecía, en lugar de decepcionarla, la conmovió extremadamente, porque le hizo pensar en cómo le permitía a ella ser tan poderosa como para incentivar en este hombre, tan carente, la búsqueda de vías de realización de lo que anhelaba.

La relación entre Jorge y Sandra fue larga y placentera para ambos, y parece ser que el elemento más importante en su preservación fue la actitud persistente de Jorge en la recreación de ese ámbito de iluminación y magia: justamente de aquello que parecería más efímero en cierta forma de convencionalidad psicoanalítica que considerara como elemento inadecuado y regresivo en grado sumo el pensamiento mágico.

Planteo, entonces, que la irrealidad es necesaria y constitutiva del amor.

Sin embargo, no es conveniente caer en optimismos excesivos. Todo en el entorno conspira contra esa perversión virtuosa que es el amor iluminado. Su mero carácter extraordinario es disruptivo para la normal marcha de la vida humana. Puede determinar cambios audaces y nefastos en las vidas de las gentes y de las comunidades. Puede contagiar. Una de las tentaciones del psicoanálisis será, entonces, convertir su teoría en instrumento de denuncia policial: descubriremos y enviaremos al calabozo a esos perversos que se dedican a capturar personas ingenuas para ponerlas en el lugar de fotos amarillentas.

Propongo, empero, una reflexión más detenida. Para Freud, siendo la neurosis el negativo de la perversión, en lugar de elegir como objeto amoroso una mujer a la que desamará neuróticamente, el fetichista elige el zapato, el calzón, la trenza, un fragmento que representa a la persona amada. El sentido de la sinécdoque es claro. El fetiche es la parte y la persona es el todo. Para el amante no fetichista, se supone que el objeto elegido es una totalidad.

Sin embargo, la elección del objeto, nos lo dice Freud, no es un encuentro, sino un reencuentro, y no escogemos a esa mujer porque sea ella, sino que en ella encontramos al personaje del pasado. Pero ¿Quién es ese personaje del pasado? ¿Es acaso la madre de la totalidad de la historia del vínculo filial? Aunque postulamos que es la totalidad de la madre de la dualidad perfecta, y aunque su sustracción al tiempo la invista de las características del ser rotundamente total, la madre reencontrada es una parte, y ahí es donde la sinécdoque se invierte, porque el todo es tomado en representación de la parte, el ser amado en representación sólo del fragmento de vida en que ese otro ser se sumó al amante en el tiempo de la primera aritmética freudiana, la más simple, aquella en que dos es idéntico a uno.

Tenemos entonces, ahora, no ya la parte por el todo, sino el todo por la parte.

El amor resultaría, así, siendo el negativo del fetichismo.

Pero ese no es el último movimiento del amor.

Es cierto que se eligió a una mujer como un todo en representación de la parte, pero aquello de la mujer total que la vincula al objeto originario también es una parte: un perfil, una mampara de cristal pavonado en la que se insinúa el contorno de una cadera, una sonrisa, un fragmento de seno asomándose en la visión angular de un escote, un detenimiento en el andar.... Y la presencia que está anunciada en el pequeño detalle, en el gesto, en la efímera semejanza con aquella que la representará en el mundo del presente es el personaje todopoderoso y omnipresente que dicta los destinos del amor.... Pero ésta, a su vez, es sólo una parte, su reinado absoluto rige sólo en uno de los universos que habita el hombre. Es precisamente, el lado más poderoso de esa cadena de malentendidos virtuosos el que hace posible el amor. Lo menos evidente, lo menos permanente, lo más perdido en el olvido, pero que suponemos oculto tras la amnesia infantil, puede emerger a partir del trivial estímulo de cualquier especie de Madeleine.

Podemos concluir, entonces, que en el amor está presente la totalidad de un juego del cual el fetichismo es una parte. Y esa totalidad, a su vez, vendría a ser una forma básica de conocimiento del mundo, una lógica del alma que, en un álgebra booleana a la que no escapa el afecto, juega a las relaciones entre partes y todo, sienta las bases para postular relaciones de inclusión, exclusión e intersección.

El amor de esos stupidizados enamorados no es, entonces, estúpido. Es un estado privilegiado de conocimiento, con aspectos de revelación, en el cual la realidad tiene que ser suspendida, desaparecida temporalmente, porque se hace evidente que es sólo una de las estaciones de lo posible, y que múltiples universos esperan ser imaginados, inventados, realizados, sólo si podemos poner entre paréntesis la dudosa tautología de que la realidad es la realidad.

Otra paradoja importante es que el amor tiene que ver con elementos extremos de la existencia: la vida y la muerte. La vida y la muerte tienen que ver con pasado, presente y futuro, que excepcionalmente se reúnen en el amor y paradójicamente terminan no existiendo. En cierto lado de la experiencia del amor, éste es intemporal. Se vive como un gran presente que anula la cronología e instauro la eternidad. Pero, sin duda, la eternidad es el tiempo de la vida eterna, de la muerte. Paradójicamente, los amantes se instalan en un mundo donde han trascendido el sin sentido de la temporalidad cotidiana, han fugado hacia la vida. Pero, a la vez, se han instalado en un lugar que se salió del tiempo, que tiene pretensiones de inmensidad y eternidad. Esa es otra forma de estar vivos, viviendo fuera de las constricciones de la temporalidad. Pero es muy cercano el riesgo de devenir muertos, y por ello muchos de estos estadios iluminados del amor sucumben prematuramente. Al siguiente minuto pueden estar muertos. Muertos socialmente, porque, como nos lo señala Kernberg, el grupo no tolera por mucho tiempo la persistente y estrecha intimidad de la pareja amorosa y desafía siempre su cohesión. Apuesta por ellos como *flat-liners*, esos hombres y mujeres que se atreven a vivir la agonía hasta el momento extremo, para luego regresar a contarlos. Pero si devienen en eternos enamorados, si su arrobamiento va más allá de un tiempo, será mejor que, por lo menos, elijan su epitafio.

De nuevo tenemos, acá, el problema de la realidad. Sabemos que la realidad última es la muerte. En esta historia de amores y desamores ¿quién está vivo y quién está muerto? Decía Neruda en *Alturas de machu Picchu* "La poderosa muerte me invitó muchas veces / era como la sal oculta entre las olas". No puedo dejar de entender que se refería a la muerte infiltrada en la vida, esa que se instala y se cuela en los actos cotidianos con su repetición incesante. Esa que da una falsa imagen de cronología en medio de la más necia inmovilidad. La muerte en medio de la cual fluorizamos matutinamente nuestros dientes que, sin duda, sobreexistirán nuestras muertes pegados a nuestras óseas mandíbulas. La poderosa muerte de la vida real, invisible e infiltrada como un siniestro servicio secreto. ¿No está acaso más vivo el enamorado que se atreve a caminar sobre la cuerda floja de la evanescente ilusión?

En todo caso, a la disrupción y relocalización de la lógica de las partes y el todo, al juego con los fundamentos más básicos de los universos y los conjuntos, que nos remite, también, a las relaciones entre continente y contenido, se suma la desarticulación del tiempo convencional y el descubrimiento de otros tiempos posibles, entre ellos, sin duda, el de la re-significación.

Otra paradoja con que nos deja la conocida discusión sobre el amor es que la introducción del narcisismo de Freud nos pone en la alternativa de una libido que es puesta en el objeto o es puesta en el yo. Las proporciones pueden variar pero el principio general es que no se puede ser egoísta y altruista. Sin embargo, el amor, en especial la situación del enamoramiento, tiene, muchas veces, el paradójico efecto de anular, de poner en suspenso, esa fórmula. Es en el enamoramiento donde claramente la resta, producto de la yuxtaposición de narcisismos, cambia de signo y la reunión de dos amantes los sumerge en un estado en que la exaltación de uno suma a la exaltación del otro. Pillos, marginales, excluidos de la civilización y sus contenidos, con las disfunciones sexuales que se les atribuye, Bonnie y Clide engrandecen en cada golpe, en cada huída de la policía, la imagen de cada uno y cada uno engrandece al otro.

El amor, así, aparece como una experiencia que precipita, dentro de esa catexis del yo de la que habló Freud, un cambio de estado donde deja de funcionar el equivalente al principio físico de que en la naturaleza nada se crea ni se destruye sino que sólo se transforma, y se ve sustituido por ese otro en el cual cada narcisismo que contempla al otro lo alimenta y se alimenta de él ad infinitum. Bonnie y Clide pudieron sobrevivir tanto tiempo porque su épica era la de unos bandoleros. Ellos ya se habían expatriado, y por ello no amenazaban el orden establecido. Si hubieran sido solamente unos amantes, habrían muerto lapidados antes de robar el primer banco.

De psicoanálisis creo haber estado hablando todo este tiempo. También de irrealidad. Pero ¿Y la realidad? ¿A qué realidad me he estado refiriendo? No a lo real de Lacan y sólo puntualmente a la realidad última de la muerte. Más bien a la realidad que define la clausura del principio del placer. Y estoy proponiendo que el amor, en especial el amor de la pasión, el de la mirada instantánea, el del cambio de luces, el de la revelación maravillosa, es uno de los espacios en los que se realiza, se pone de manifiesto, una irrealidad fundamental que no es un retorno al principio del placer, sino que vendría a ser el necesario complemento del principio de realidad. Por supuesto que la apropiación del objeto característico del principio del placer, la realización alucinatoria del deseo, es su modelo primordial¹⁷. Pero esta irrealidad está en un nivel diferente que esa precaria alucinación aunque, al igual que a la madre primitiva, la evoque en la intensidad de la más radical experiencia de amor.

17 Alayza, Fernando (comunicación personal).

Esto es muy simple y, ahora, después de dicho, se hace evidente. El bebé descubre que no tiene el pecho y que alucinándolo tampoco lo tendrá. ¿Cómo hará para buscarlo? Si cree tenerlo, como en la alucinación, el pecho no estará en ninguna parte. Para buscarlo tendrá que situarlo en la irrealidad. Que es el lugar donde es necesario que pongamos todo el universo de nuestros anhelos, deseos, esperanzas... para que la acción específica pueda empezar a hacer su trabajo.

Podríamos agregar: desde que el hombre asumió la posición sedente se pobló de irrealidad. Y pobló el mundo con la materialización de sus ilusiones que, entonces, devinieron realidades. Con todas las bondades que un mundo poblado del producto de las ilusiones puede implicar. Y con todas sus maldades, acerca de algunas de las cuales nos hablan los ecólogos.

¿Y el sexo? ¿Qué tiene que ver el sexo con todo esto? Es probable que el amor no sea producto del sexo, sino de su tránsito por la irrealidad. Esto debe resultar evidente a cualquiera que alguna vez haya expectado películas u otras formas de producción pornográfica. A diferencia del erotismo, la pornografía está cargada de una pesada realidad que se repite *ad infinitum*.

Y quizá por eso también fue que Freud no pudo escribir su Capítulo VII sobre el amor ni repudiar su segunda neurótica: porque creyó tanto en la realidad de su teoría sexual, que pensó que de ella podía derivar el amor. Y cuando estuvo a punto de trasladarla al reino iluminado de la irrealidad, le faltó convicción.